

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISOS.

BIBLIOTECA POPULAR.

Se han concluido de hacer ya las remesas por los ordinarios, de los tomos segundo de la *Revolucion francesa*, y primero de los *Misterios de Paris*; por el correo se ha remitido el de la *Revolucion*, y en la presente semana enviaremos el de los *Misterios*. Están en prensa los tomos que siguen de estas dos obras y el regalo ofrecido á los suscritores de ambas secciones para fin de junio próximo.

ESPAÑA CABALLERESCA.

En la presente semana principia la distribución del tomo de esta obra que consta de 500 páginas en 8.^o mayor, edicion de lujo, con 100 magníficos grabados en esquisito papel satinado á lustre, esmerada impresion y una elegante cubierta; contiene las tres novelas históricas originales siguientes:

EL BADAJ DE DON ENRIQUE EL DOBLETE.

RETRAY DE LA CUEVA.

DON JUAN EL TUERTO.

Por convenio especial con el autor y mediante el retraso que ha sufrido la publicacion, tenemos el gusto de poder comunicar á nuestros suscritores al *Museo, Biblioteca ó Crónica*, que hasta fin de junio venidero, pueden obtener el lindisimo tomo de la *España Caballeresca* al precio de suscripcion, es decir, á 20 rs. en Madrid, y 24 en provincia franco el porte. Suplicamos á los que deseen adquirirlo, que aprovechen esta última prórroga, para evitar despues reclamaciones que no estará en nuestra mano poder satisfacer.

ESPAÑA GEOGRAFICA,

HISTÓRICA, ESTADÍSTICA Y PINTORESCA.

Conforme á lo anunciado en el prospecto, en esta semana se repartirá la entrega primera y seguirán las sucesivas á dos por semana ó acaso mas, sin interrupcion alguna, pues la obra ha de estar concluida infaliblemente para fin de agosto próximo. Recordamos á los que deseen favorecernos, que publicada la entrega quinta la obra aumenta considerablemente el precio, en razon á que sin duda alguna escudera bastante de las 50 entregas ofrecidas. Los señores comisi-

nados que no han remitido las listas de pedidos se servirán verificarlo cuanto antes, para que los suscritores por entregas no sufran retraso en las remesas.

El precio de cada entrega es 2 rs. en Madrid y 10 rs. por 4 entregas en provincia. Los que paguen y reciban de una vez cuando esté concluida la obra, solo tendrán que abonar 50 rs. en Madrid y 56 en provincia. Publicada la entrega quinta no se admiten suscripciones por tomos.

HISTORIA DE SUIZA.

ADELAIDA DE SARGANS,

BARONESA DE WART.

En los Alpes de la Recia, existia en el siglo XIII al XIV, una familia noble y poderosa, la de los condes de Wart y de Sargans. Sus inmensas riquezas y numerosos vasallos le suministraban los medios suficientes para sostener la guerra con los abades de San Gall, guerras que tambien ocupan la parte mas notable de los anales de esta familia.

Tambien estos mismos anales escitan extraordinariamente la curiosidad con respecto á los nombres de algunas mugeres elevadas inmortalmente á las miradas de la posteridad, y si bien el tiempo ha corrido su tupido velo sobre aquellos nombres gloriosos; deber es de una muger el descorrerlo y mostrarlos tal como fueron, radiantes de brillantez y sublime virtud.

Las antiguas crónicas de Suiza nos han legado detalles muy curiosos relativos á los señores de Sargans y de Wart, aunque en esta misma época en que por su poder los llamaban *señores de las jurisdicciones*, se distinguieron y adquirieron celebridad mas por sus crímenes que por su valor y virtudes. En 1230 (1) era el jefe de la casa de

(1) Los hechos que se refieren en el presente artículo, están sacados de los antiguos anales de Suiza y particularmente de los archivos de la casa de Sargans. Todo está de acuerdo con la historia de aquel pais, y por lo que respecta á Rodolfo de Wart y su desventurada esposa, se halla comprobado con lo escrito relativo al asesinato de Alberto de Austria.

Sargans Walther de Watz, conocido en toda la Helvecia por su tiranía y desarregladas costumbres; no obstante que quedaba atrás en sus demeritos, comparado con las de su hijo Donato de Watz, cuyo nombre justamente detestado en la edad media mereció la odiosa preferencia de ser entre todos reprobado y maldito.

Abandonado de su padre, teniendo por madre á una italiana (1) rencorosa, y cuyo corazón llagado y resentido por el abandono, sembró en su hijo las semillas de la mas tremenda venganza y crueldad, hicieron de Donato, cuando tuvo veinte años, la criatura mas temible, porque tampoco Lucrecia tuvo qué hacer otra cosa para cultivar sus naturales instintos y torcidas inclinaciones, para que adquiriese por completo y en toda forma, la violencia de las pasiones que constituyen al hombre en el ser mas malo de la creacion cuando cumple sus venganzas.

Bajo el apacible sol de Italia era donde adquirian desarrollo estas pasiones; y rodeados de los delirantes encantos de las voluptuosas fiestas de Venecia, señalaba la madre al hijo el camino de infelicidad, y sonriendo bajo su corona de flores realzaba con su sonrisa su hermosura, porque Lucrecia era bella aun, ella lo sabia, y esta misma idea hacia mas amargo el crimen de abandono y mas imperdonable á los ojos de una muger, que conoce puede agradar aun y que se considera digna de ser amada.

—Pero es nuestro padre y vuestro esposo! exclamaba alguna vez á su lado la suplicante voz de una jóven mas hermosa que Lucrecia, porque tenia su rostro una angelical expresión de bondad.

Lucrecia volvía sus ojos hácia la jóven echándola una mirada en que se pintaban todas las pasiones de su alma violenta. Un aborrecimiento mas profundo hácia el perjuro marido parecia contestar á la hermosa interesora de su padre... porque esta jóven era Adelaida de Sargans, hermana de Donato de Watz.

—Oh! madre mia, perdonadle, repetía dulcemente, cubriendo de lágrimas las manos de su madre.

—Nunca! exclamaba Lucrecia... yo seré tan implacable como te ha sido el conmigo... Nunca habrá reconciliacion... Nunca perdoné! y tu no vuelvas á preferir semejante proposicion porque te maldeciría!...

Lucrecia murió sin tener el gusto de que luciera para ella el terrible dia de su venganza, y Adelaida quedó huérfana sin mas amparo ni protección que la de su hermano el conde Donato. No era posible que permaneciese mucho tiempo en esta falsa posicion y así lo comprendieron uno y otro. Adelaida pidió á su hermano permiso para retirarse á un convento de Zurich, fundado por su familia, y para tomar en él el velo; pero Donato no

consintió en ello. Entre tanto vivía rodeada siempre de caballeros disolutos, y sin principios como casi todos los de la época, y apenas tenia el conde bastante dominio sobre ellos, ni bastante delicadeza, para oponerse á sus tentativas hácia su hermana.

Entre estos caballeros, habia uno jóven, de noble y gallarda presencia, elevada cuna y que poseia inmensos bienes. Este amaba á Adelaida. El conde lo aprobaba y él mismo transmitió á su hermana la noticia de su peticion; Adelaida amaba tambien á Rodolfo.

Casáronse en una magnífica villa en que Donato vivía, á orillas del Brenta; las bodas se celebraron con festines espléndidos y torneos brillantes, en los que gozaba Rodolfo muchísimo al considerar á su muger reina de las fiestas; pero no le sucedía lo mismo á ella, que padecía en medio de aquellos seductores goces que poco á poco invadían y se apoderaban del corazón de su Rodolfo. Para evitarlo, quiso dar una ocupacion á su vida, un alimento á aquella devoradora actividad que consumia sus dias; Rodolfo no tenia otra voluntad que la de su Adelaida, y así fué que á la primera palabra de viage que profirieron sus labios, estuvo dispuesto todo, y solo cuando llegó el instante de abandonar á Venecia, la preguntó sonriendo adonde le llevaba.

A la corte del emperador Alberto, mi Rodolfo. Al escuchar estas palabras se sorprendió, perdió la color del rostro y murmuró sordamente... Nunca!... nunca!... Adelaida se inclinó sobre el pecho de su marido y apretando sus manos entre las suyas, le dijo con la mas dulce inflexion de su voz:

—Amigo mio, el emperador Alberto es nuestro señor.

Ah! exclamó el noble jóven, y por qué has llegado á serlo?... dejará de ser tambien un asesino?... en el campo de batalla de Worms (1) humea aun la palpitante sangre de Adolfo de Nassau... mi desgraciado... mi verdadero amo y señor!... Mi padre murió defendiéndote y sus últimas palabras fueron dándome su bendicion y pidiendo venganza! Ignorabas esto, Adelaida, prosiguió con voz baja y con los ojos estraviados.

Pálida y sorprendida, no pudo la jóven contestar otra cosa que con un ademán negativo. «Pues bien, mi padre me ordenó vengar á nuestro emperador en su asesino... y todas las noches viene á recordarme mi santa mision... y yo le veo aun cuando esté á tu lado.

Rodolfo, escondiendo su cabeza detrás de la espalda de Adelaida, lloraba como un niño.

Adelaida comprendió todo lo que habia de peligroso en su posicion, y decidió cortar en su fut-

(1) Cerca de Worms y de Spire se dió la famosa batalla entre los emperadores de Nassau y Alberto de Austria; en ella empuñaron los dos rivales escudo á escudo, y Adolfo sacumbió de resultas de una estocada que le penetró por un ojo. Hay cronistas que afirman no fue así el combato.

damento una planta venenosa cuyos frutos debían en último resultado ser funestísimos, y así por de pronto cambió la dirección de su ruta y condujo á Rodolfo á un delicioso retiro á las orillas del lago de Guarda. Allí vió fortificarse cada día el imperio que ejercía en el corazón, en el alma y en todas las facultades de su marido. Allí consiguió casi hacerle adquirir el convencimiento de que la muerte de Adolfo de Nassau fué probablemente nada más que el resultado natural de un combate. A este tiempo había terminado la excomunion del papa; el imperio germánico estaba tranquilo y sometido, y ya creyó Rodolfo que podía entrar al servicio de Alberto de Austria; el acento de la mujer que adoraba le convenció de lo que su razón no había conseguido persuadirle, y consintió por fin en el viaje á Viena.

Aunque cediendo Rodolfo á las seductoras palabras de Adelaida, no pudo cicatrizar la profunda herida que sangraba su corazón. Cuando estuvo al lado de Alberto y consideró su imperial opulencia, aquella corona, que se figuraba él usurpada, ceñida á las sienes de una cabeza criminal, vaciló su mal asegurada razón; cada vez iba poniéndose mas triste y sombrío... huía de las miradas de Adelaida... de aquella Adelaida de quien era idólatra... del alma de su vida! Por la noche turbaban su sueño mil visiones espantosas; sus lábios profetan palabras siniestras, al extremo de que hizo temblar á su esposa por su seguridad y su porvenir. Esta que conoció lo peligroso que era permanecer mas tiempo en la corte, concibió la idea de alejar de ella á su marido, y le propuso regresar á su retiro de Guarda. En aquel agradable y apartado sitio no oyó nunca decir á su Rodolfo, *asesino, venganza, sangre*, palabras espantosas que escapadas en sus sueños, eran otras tantas revelaciones del lastimoso estado de su alma. Adelaida se acordaba de aquella época venturosa, y quería conducirle allí de nuevo; pero su marido á pesar de amarla aun con todo el cariño de los primeros días de su amor, no quiso abandonar la corte de Alberto. Ignoraba la infeliz Adelaida que nuevos lazos impulsaban á su marido hácia un terrible destino... ignoraba que estaba su suerte determinada.

Un príncipe de 18 años de edad, valeroso, noble, agraciado y cuyos infortunios interesaban vivamente, se había presentado al baron de Wart, como una nueva víctima del despotismo de Alberto, y se habían aliado con una amistad profunda y sincera. Este hombre ilustre y pelagroso, ilustre por su desgracia, y peligroso por el interés que inspiraba, era Juan de Suavia sobrino del mismo emperador; (1) y aunque en extremo desgraciado, olvidó sin duda que ha dicho el Señor:

(1) Alberto era tío y tutor de Juan de Suavia, y destruyó su patrimonio valiéndose de manejos violentos y criminales; y todo con el objeto de hacerse dueño de ellos. Si Juan de Suavia cometió un crimen; Alberto lo cometió tambien y debía presumir mucha tiempo antes del atentado, que sería terrible si llegaba su sobrino á vengarse.

«A mí solo pertenece el derecho de la venganza!»

El duque Juan de Suavia comprendió muy bien que de la amistad de Rodolfo podía exigirle todo, y aun cuando la edad de este le permitia dar consejos que templasen los arranques del jóven, como tambien odiaba á Alberto, le hacia sonreír el pensamiento de clavar en su corazón un puñal.

No ignoraba el emperador el aforrecimiento que Rodolfo le tenia, pero callaba, por mas terrible y amenazador que pareciese su silencio. Muchas veces sus miradas lanzaban el mismo anatema al odiado sobrino y al súbdito rebelde; porque ambos á su consideración, se ofrecian como ministros de venganza. Adelaida al través de estos celajes descubria el espectro de la muerte.

—Ah! huyamos, decía toda trémula á su marido... pero él la contestaba apretándola contra su corazón y poniendo en sus labios un dedo con que parecia quererla contestar.

«No es tiempo aun.»

Ya un día entró en el aposento de Adelaida que estaba próxima á ser madre por la primera vez, y echándose á sus pies y considerándola por largo espacio de tiempo con amorosa mirada... la besó las manos, y cubriéndolas de lágrimas dijo por fin:

—Adelaida; es preciso alejarme de aquí, marchar á Uspona.—Marchar! exclamó ella... oh! sí, al momento... pero contigo, nos marcharemos los dos!

Rodolfo se quedó mirándola fijamente.

—Conmigo? dijo en seguida con una sonrisa extraña;... no... no. Yo me quedo aquí; pero tú, mi Adelaida, es preciso que te alejes. Así lo quiero, añadió con una expresión de severidad que hasta entonces no había empleado para ella.

Contuvo sus lágrimas la desventurada jóven pero se oprimió dolorosamente su corazón y desfallecieron sus fuerzas al extremo de crear iba á sucumbir.

—Me iré: contestó la jóven.

En efecto de allí á pocas horas partió la que nunca debió apartarse de Rodolfo porque era ella su ángel custodio.

II.

Adelaida era ya madre, y desde aquel instante la soledad de Uspona adquirió vida y animación para ella, con las sonrisas de su hijo y las cuidados que le prodigaba. Era tambien el objeto querido de algunas damas cuyos nombres conserva la historia de Sulza. Era en estas la madre de *Walter Furst*, esposa de *Enrique Melchtal Matilde Sthumacher* (1) que vivian en el valle de Frontigue

(1) Los anales de las señoras de Sargans habian muy particularmente de Matilde de Sthumacher, como una de las que mas interesantes servicios prestaron á la baronesa de Wart en sus infortunios.

de Uppona y que rodeaban á Adelaida con los cariñosos desvelos de su amistad.

La amistad de estas damas aborrazaron á la jóven madre muchas horas de pena y de dolor, pues que estortaron llegasen á sus oídos los siniestros rumores que habian penetrado hasta el seno de las montañas, tan apacibles y apartadas del ruido del mundo... Los habitantes de los valles del Frontigue supieron con estremecimiento que el emperador Alberto (1) habia muerto asesinado, y que habia sucumbido á los golpes de Juan de Suavia y de sus amigos y parciales. Todos guardaron silencio y Adelaida ignoraba este suceso.

Una tarde estaba sentada al balcón que dominaba el patio interior del castillo, arrullando dulcemente á su hijo para dormirlo y procurando ocultarlo en su seno de los últimos rayos del moribundo sol de aquel día, que habia arrancado al bellísimo paisaje que alumbraba, una de las mas bellas sonrisas. Todo á su alrededor yacía en la mayor calma y tranquilidad, cuando resonó el rastrillo, que alzaban para franquear el paso á un caballero armado, pero solo!... Adelaida lanzó un grito al divisarle y corrió á su encuentro. Este caballero era Rodolfo, á quien abrazaba con efusión, con amor, con delirio, al mismo tiempo que le presentaba su primer hijo para que le diera su bendición paternal. El castellano encantado y rebosando de júbilo y posesión de las mas dulces impresiones, no era dueño de pensar otra cosa en aquel momento que en abrazar al hijo y á la madre juntamente, olvidándose en

este primer acceso de que pesaba sobre su cabeza el mas completo infortunio.

Al pronto vió Adelaida el cielo abierto al contemplar á Rodolfo, pero cuando cesaron de confundirse sus abrazos, y consideró atento el noble y agraciado semblante de su amigo, retrocedió asustada, de su tristeza y palidez.

—Rodolfo! exclamó, que te ha sucedido? ¡Dios mío! por qué está tu mirada tan lánguida? esposo, cuéntame, ha ocurrido alguna desgracia?

Rodolfo se acercó á ella sin proferir una palabra... Su palidez era espantosa; le cogió las manos y su contacto aumentó su estremecimiento, porque estaban heladas como las de un muerto.

—Lo que ha sucedido, dijo con sordo acento despues de quedar un rato suspeso.... lo que ha sucedido!... y qué tú no lo sabes aún? pues bien, ha sido solo justicia, sangre por sangre; ademas que no se ha hecho mas que lo que debia hacerse!..

Adelaida temblaba.

—Pero, que es lo que se ha hecho? se atrevió por fin á preguntar, bajando sus ojos, porque Rodolfo la causaba miedo.... no era aquel mismo el Rodolfo de siempre; sus cabellos estaban herizados y caían en desorden por su palida frente; sus ojos estrañamente abiertos y su mirar vago y obscuro é incierto le daban el aspecto de una figura horrible. Adelaida no era dueña de reprimir su angustia y se entregaba á la mas profunda aflicción.... su corazón parecia quererle huir del seno, y no se atrevia á hablar ni á levantar su mirada del suelo.

Mientras, iba declinando el día, y las sombras de la noche confundían con su manto los contornos de los cimientos del castillo, con la oscuridad crecia la inquietud de Rodolfo, y llamó á uno de sus escuderos para comunicarle las órdenes mas severas, á fin de que se cerráran con escrupulosidad las puertas del castillo y se alzara el puente.

—Por qué tantas precauciones? preguntó dulce y tímidamente Adelaida cuando quedaron solos... nosotros no tenemos enemigos, amigo mío.

—Si, seguramente; nosotros no tenemos mas que uno cuando vivía Alberto.... pero ahora tenemos mil, que quieren vengar su muerte; dijo Rodolfo prurimpiendo en una insensata carcajada.

—Alberto, exclamó Adelaida.... han muerto al emperador? Y.... quién, quién es, prosiguió con voz mas apagada... ¿quién le hirió?

—¿Quieres saberlo, esposa? contestó conduciéndola violentamente á un rincón del aposento; pues has de saber que son ilustres y gloriosos los nombres de los asesinos.... estos han sido, Juan de Suavia... Rodolfo de Balma... Walters Diechabach, y... tambien...

Su voz quedó ahogada al llegar aquí.... miró en derredor de sí con ojos inquietos, y pasó su trémula mano por su frente bañada en sudor helado.

—Y.... tambien...? preguntó Adelaida cogiéndole tiernamente del brazo, porque respiraba ya con mas facilidad al ver que el nombre de su Rodolfo

(1) Fué asesinado el emperador Alberto el día 4 de mayo del año 1208, al saltar á tierra de una barquilla que lo conducía por el Reuss, cerca de Weodesch en Argovia. Acababa de dar una gran comida en una casa de campo cercada alio gar de la catástrofe, precisamente á los mismos personajes que le asesinaron: á su sobrino Juan de Suavia, á Walters Diechabach, á Rodolfo de Balma, y Rodolfo de Wart. Había reinado en el salón la mas cordial alegría, y por disposición del emperador estaban todos coronados de flores para celebrar la bien venido del mes de mayo; pero en la arrugada frente de aquellos señores podía leerse, aunque orladas de flores, que mas bien que para coronar los cantos de fiesta, habían de servir para cubrir la cabeza de la víctima y para aromatizar lúmbres acuosos.

El atentado se verificó cuando trasladados á la opuesta ribera del Reuss, marchaba el emperador despacio porque su caballo no podía correr á través de prados recientemente labrados, y aprovechándose Rodolfo de Balma de esta coyuntura, se arrojó el primero del grupo, detuvo al del emperador por la brida y le tiró á la espalda el primer golpe. Cayó herido el emperador al suelo junto á una encina en que se apoyó, y entonces Juan de Suavia le tiró una lanzada que lo dejó clavado en el árbol. Rodolfo de Wart scudió en este momento y arrojó con su puñal del cuerpo del desventurado monarca, arroyos de sangre que satisfacían una venganza tan pensosamente reprimida, no cesando en sus golpes hasta despues de haberse asegurado de que no quedaba en los restos del Alberto una gota mas que verte. Este árbol fué cuidadosamente conservado por la hija del emperador de Hungría, y despues mandó de su madera hacer un cofrecillo en el que guardaba todas las noches al acostarse los vestidos que se quitaba. Este cofrecillo tal y como estaba en la época que se construyó, conservando aun su primera corteza, que le era la del árbol, existe hoy en el monasterio de Koenigsfelden que fundó la reina, en el mismo lugar que acaeció la muerte de su padre. Esta reina murió empleándose en los ejercicios de la mas alta piedad,

no estaba comprendido entre los que su esposo le había dicho. Y también, esposo mío, ¿quién más?

Rodolfo entonces se inclinó á su oído y la dijo una sola palabra.... Adelaida lanzó un grito y cayó en una silla, como herida de un rayo y cubierta de palidez.

—Ahora, Adelaida mía, exclamó Rodolfo dirigiéndola una mirada sinistra; ya sabes como me debes llamar! En seguida salió precipitadamente de la estancia.

Al escuchar la pobre jóven la confirmación de lo que había sospechado y temido más; al escuchar aquella palabra que lanzaba un porvenir de maldición para su hijo y venideros, la sobrecegó una devoradora fiebre que turbó su razón durante muchas semanas. Rodolfo por su parte, olvidó hasta sus mismos remordimientos en estas horas de lágrimas y desesperación. Desvaneciase en su imaginación su propio peligro, al lado del lecho de su casi espantosa muger, y todas las facultades de su vida se concentraban en un solo punto; en el de prodigar á su esposa todo género de cuidados. Mientras los vengadores del emperador ejercían ya sobre su castillo la mas grande vigilancia, habían seguido las huellas de Rodolfo y no perdían de vista la morada del único de los asesinos que se les había escapado.

Adelaida á pesar de su crítica y peligrosa situación, no dejaba de acordarse del riesgo que corría su Rodolfo y le suplicó y consiguió que abandonara á Uspona. En efecto se vistió con los ropajes de peregrino, y con las mayores precauciones salió del castillo, encaminándose á Roma para echarse á los pies del papa, obtener la absolución de su crimen, y pedirle su poderosa intercesión para con el hijo de Alberto. Ignoraba el desgraciado que no era en la corte pontificia donde mejor debía impetrar su perdón.

Duante el curso de algunos dias, pareció que la calma renacia en el valle de Frontigue, donde no resonaron nunca los ecos de las trompetas de guerra. Adelaida recibía buenas noticias del fugitivo, y su pecho recobraba la esperanza, porque los que padecen se dejan conducir hasta el estremo en los mas opuestos sentidos; con la misma facilidad que se entregan á la desesperación mas violenta, conciben la mas inefable esperanza.

Ya un dia, y cual si los lanzara una nube, invadieron los esquadrones los solitarios y casi inaccesibles valles que parecían ocultar á Adelaida. La reina de Hungría, en persona se presentó en el castillo de Uspona, é intimaba la gendición al castillo, al tiempo mismo que el desgraciado Rodolfo era arrastrado en el vestibulo del Vaticano, antes de que se hubiera purificado con la absolución de la iglesia su mano culpable. Inmediatamente lo entregaron á los ministros de justicia de la reina, quienes lo enviaron á Zurich para que al instante se comenzase la instrucción de su proceso. Esta noticia la supo la reina el día mismo en que el castillo privado ya de la mayor parte de sus defen-

sos, pidió capitular; pero se negó á todo género de transacción y lo conquistó á viva fuerza, pasando sobre los cadáveres de los fieles defensores y vasallos de la baronesa de Wart.

—Me parece, dijo á los que la seguían, la reina que penetraba por aquella mansión de dolor y sangre; que camina por un florido sendero!... Cayeron derribadas unas tras otras todas las puertas, hasta que las últimas descubrieron á Adelaida, desmayada sobre la cuna de su hijo á quien ocultaban sus ricas envolturas. La palidez de la muerte que cubría sus mejillas la hacia parecer tan hermosa, que hubiera movido á compasión é inspirado piedad á los mismos demonios del infierno..... pero era también muger jóven y hermosa, y el serlo mas que ella era otro crimen.

—¿Quién es esa muger? preguntó con imperio y desdenosamente señalando á aquella figura de alabastro.

Es la baronesa de Wart.

—Ah! la muger del regicida? Y ese niño que duerme en la cuna?

—Es el hijo único, el primer hijo de Adelaida, exclamó Matilde Stan'acher echándose á los pies de la reina que había cogido con sus manos á la inocente criatura que se despertó lanzando penetrantes gemidos.

—Oh! señora, dejadme mi hijo.

Los gritos del pobre Rodolfo fueron mas activos para despertar á Adelaida de su parasismo, que todos los cuidados que pudieran prodigarle. A pesar de su debilidad, acudió á la cuna de su hijo y al verle en las manos de la real furia que le lanzaba amenazadoras miradas, exclamó desesperada:

—Mi hijo! que queréis hacer de mi hijo? Oh! Dios mío! por qué le teneis de esa manera? que delito ha cometido? vais á matarle? Ah!

—Sin duda que voy á hacerle morir para que no llegue un dia en que sea regicida como su padre.

—Oh! Dios mío! decía Adelaida entre sollozos, oh! por Dios! piedad de mi hijo! qué mal os ha hecho mi hijo?

—Nada, señora, contestó mirando sarcásticamente á la madre. Por compasión es por lo que haré contra los picos de las rocas estrellar este retazo infernal; porque estad segura de que si hubieran hecho lo mismo con su padre, vuestro esposo, no sería ahora el asesino sentenciado á morir sobre un cadalso y en los horribles tormentos de la tortura.

—Rodolfo! un cadalso! la tortura! ah! mi hijo, mi Rodolfo! exclamaba la desgraciada jóven arrastrándose á los pies de la implacable reina; pero desfallecieron con tanto sufrir sus fuerzas y cayó desmayada dando con la cabeza en las losas del suelo, y haciéndose una herida, cuya sangre manchó los vestidos de aquella muger que ahogaba en este momento los mas bellos instintos que concede la naturaleza..... la compasión y la bondad.

Un caballero de los de su comitiva se adelantó entonces del grupo que se mantenía apartado á al-

gana distancia; se acercó á ella y quitándole el niño con un ademán de autoridad que parecía no podía ser contestado, lo entregó á Matilde diciendo al mismo tiempo:

—Vos, señora, olvidad ya también que sois una mujer.

Palidecieron sus mejillas, pero no se atrevió á contestar ni una sola palabra.

Encerraron á Adelaida en uno de los mas profundos calabozos del castillo, donde la desgraciada madre y esposa se esforzaba en vano por hacer vibrar las cuerdas de su prision con lamentos espantosos. Llamaba á su hijo y á su marido; habia casi perdido su razon, lloraba con ellos, y terminaba estos accesos por hacerle caer en el húmedo suelo donde permanecía sin movimiento durante muchas horas.

Cerca del anoecer bajó la reina á su encierro. Decia ella que cumplia con un deber visitando los prisioneros; pero en rigor no eran estas entrevistas del verdugo con la victima mas que una crueldad inaudita indigna de todo ser humano; no dirigió á su cautiva mas que palabras que respiraban odio, venganza, y muerte, porque la refirió que Rodolfo estaba ya en su poder que seguia su proceso, los tormentos que habia ya experimentado y los que le restaban aun.

Todo minuciosamente, hasta el dia en que debia sufrir el último suplicio, todo se complacia esta desalmada muger en referirlo á la desgraciada, que se arrastraba á sus pies y que parecia haber recobrado sobre su razon el imperio necesario para comprender lo horrible de su situacion, para grabarla con rasgos de fuego en su delirante cabeza. Al escuchar á la reina, se arrastraba por el suelo y gritaba besando sus ropas: gracia y compasion!

—Le otorgaron alguna á mi padre? la tuvieron con él? contestaba rechazándola brusca y brutalmente; no abrigaria en su pecho mucha vuestro Rodolfo, cuando supo llegando con su mano hasta el corazon del emperador, arrancarle el último suspiro al alma con la punta de su daga. (1) Nada da perdon! cada gota de la preciosa sangre de mi padre será rescatada con toda la de tu marido y sus parciales! Perdonar á Rodolfo de Wart... No, yo te aseguro que ha de morir y morira... pero es necesario que sufra los rigores de una doble muerte, que experimente todas las amarguras de cien penosas agonias, si puede ser.

Si su poder resistir mas tiempo la prisionera los dolores que la habia sufrir aquella muger con su atormentadora visita, cayó sin conocimiento en el suelo, y hasta entonces no se alejó de allí, porque creia ya dejar un cadáver en vez de una muger. Poco mas tarde creyendo terminada su mision en el

castillo regresó á Zurich para asistir á la ejecucion de Rodolfo de Wart, y sesenta y ocho de sus vasallos. La reba rodeada del mayor aparato, presidia la ejecucion de lo alto de un trono, recreandose en los tormentos de las victimas y recitando en tanto una leyenda antigua de Santa Isabel que comienza:

«Me baño ahora con el rocío de mayo.»

Cruel fué tambien en su venganza, su madre, viuda del emperador Alberto, y tanto que habiendo querido Federico el Bello, uno de sus hijos, atajar los torrentes de sangre que hacian correr el furor de estas mugeres; (1) le dijo su madre con indignacion: «Buen se conoce que no has contemplado á tus pies y revolcándose en su agonía, el mutilado y sangriento cadáver de tu padre... Nunca perdon!... Venganza hasta en la eternidad de las generaciones de los asesinos.

Se concluirá.

LA CAPILLA

DEL SANTO CIRIO DE ARRAS.

Arras es una de las ciudades de Francia que mas sintió los efectos de la revolucion de 93; en ella imprimiera principalmente su huella el devastador torrente que pasara por aquel pais, arrebatándole sus mas bellos monumentos y todas sus iglesias, excepto una sola, quizas la menos bella. Redújose á la nada su catedral junto con sus inmensas riquezas en objetos de arte y de escultura; sin que merecieran mayor respeto ni los mismos monumentos, cuya antigüedad y magnificencia les hacian doblemente interesantes. Entre ese número debe contarse la capilla de la Santa Vela de Arras, construida en el siglo XII, á fin de conservar el milagroso cirio que para preservar á los Atrebatas de un contagio que habia entre ellos gran número de victimas, les trajera la Virgen. He aquí como cuenta la leyenda su milagroso origen.

La enfermedad de los Ardientes (2) hacia en Arras terribles estragos; ni á una sola familia era dado escapar de su alcance. En tal conflicto los habitantes todos de Arras levantaban los ojos al cielo, é imploraban el socorro de la Virgen. La ca-

(1) A mas de 4200 victimas ascendió el número de las que en su holocausto ofrecieron sobre la tumba de Alberto de Austria su hija y viuda.

(2) La enfermedad de los Ardientes, conocida bajo el nombre de *Fuego ardiente* que parece haber afligido al género humano; sobre todo, desde los años 1080 hasta cerca 1140, hacia sentir á los acometidos un fuego, que consumia diferentes partes de sus cuerpos, sin que fuese dado encontrar remedio alguno.

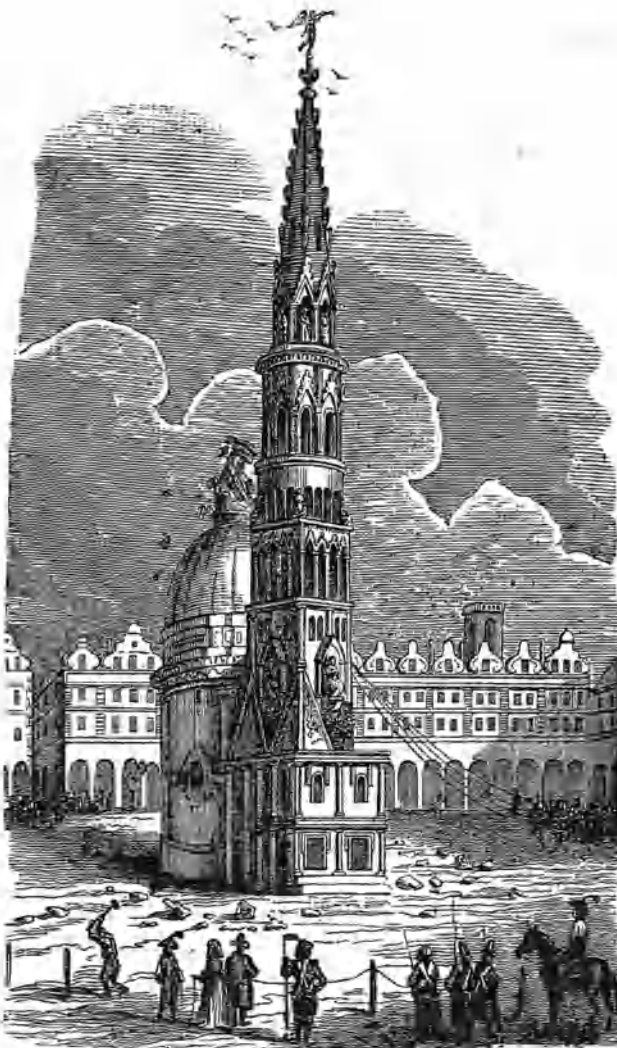
(1) No he cesado de golpear con mi puñal, dijo á sus compañeros el baron de Wart despues de cometido el asesinato, hasta que me he asegurado que no queda una gota de sangre que verter en el cuerpo del regicida. Singular posision la suya, en la que acusaba y se hacia él tambien al mismo tiempo regicida.

tedral y su estenso claustro estaban atestados de muchedumbre á quien ni en ese santo lugar perdona-
ba la muerte; no bastando los sacerdotes, conti-
nuamente ocupados en socorrerla, á aliviar tantas
desgracias. No obstante, sus votos fueron por úl-
timo oídos, y María se valió de dos ministros
para instrumentos de su bondad. Llamábase el uno
Itier, y residía en Bravante; Normant el otro, y
habitaba en Saint-Pol. Profesábanse ambos un
ódio implacable, no buscando el primero mas que
una ocasion favorable para vengar en Normant la
muerte que dió este á su hermano en una querrela.

El 21 de mayo de 1103, Itier vió en sueños
á una muger de resplandeciente hermosura, la cual
le ordenó fuese á encontrar al arzobispo de Arras,

Lamberto, y le dijese que el domingo 27 de mayo
por la noche, visitara á los enfermos que se encon-
traban al rededor de la catedral, en la cual haria en
seguida su oracion, llevándole ella un remedio in-
falible para poner coto á la enfermedad. El miér-
coles 23, tuvo Normant la misma vision, con ór-
den de ejecutar el mismo mensaje. De pronto,
temiendo esos dos hombres no fuese aquello una
ilusion, no se atrevieron á dar fé á lo que habian
visto; pero tuvieron que rendirse, cuando María
apareciéndoles de nuevo, les amenazó castigarles
si no obedecian.

Tomaron pues, la vuelta de Arras, cada cual por
su camino, el sábado 26, siendo Normant el pri-
mero que fué á encontrar al arzobispo Lamberto,



Demolicion de la capilla del Santo Cirio de Arras.

